

MI VIAJE A TUNJA

Conferencia dictada por el Dr. Luis Sierra H. en la sesión de la Academia de Historia, el 3 de octubre de 1939.

Señor Presidente, señores Académicos:

Invitado galantemente por el R. P. Director del Instituto Salesiano Maldonado de Tunja, para asistir a la solemne inauguración del nuevo edificio de ese importante plantel, emprendí viaje a la ciudad de Suárez Rondón, a mediados de junio de 1936.

Sin tiempo suficiente para hacer largas disquisiciones sobre las aventuras y peripecias de este viaje y otros datos de poca importancia para el caso que nos ocupa; me limitaré únicamente a daros cuenta de algunas observaciones de carácter histórico que tuve oportunidad de hacer, en tan interesante y amena correría. Esto con el fin de inaugurar la serie de conferencias históricas, que tuve el honor de proponeros en la última reunión de la Academia.

Al llegar a Puerto Berrío, mi ánimo se encontraba perplejo acerca de la vía que debía elegir para continuar mi viaje a Tunja, pero después de reflexionar un poco y de recibir algunos oportunos consejos, me decidí por la vía del Carare, impulsado por el deseo de conocer una región completamente desconocida para mí y también por ser la más directa y rápida para llegar al lugar de mi destino.

La carretera del Carare arranca en Puerto-Olaya al frente de Puerto Berrío y continúa su curso pasando por el río Carare que le da su nombre y después por las poblaciones de Vélez, Barbosa, Mo-

niquirá y Arcabuco, hasta llegar a la ciudad de Tunja, donde se une a la gran carretera central.

Esta ruta, con algunas diferencias substanciales debidas al progreso y a los medios modernos de locomoción de nuestra época, es más o menos la misma que siguieron los Conquistadores para llegar al interior del Nuevo Reino de Granada.

Varios historiadores podría citar aquí, para confirmar mi aserto, tales como el dominico Fray Bartolomé de las Casas, el célebre Obispo de Chiapa, el protector, defensor y procurador nato de los indios, en su "Historia de las Indias"; el franciscano Fray Pedro de Aguado, en su "Recopilación Histórica de la Provincia de Santamarta y Nuevo Reino de Granada"; el Cura historiador y poeta de la Colonia Dn. Juan de Castellanos, en su "Historia del Nuevo Reino de Granada"; el Franciscano Fray Pedro Simón, en sus "Notas Historiales" y don José Manuel Groot, en su monumental "Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada".

Pero me haría interminable en la narración de hechos y profusión de citas y por ello he querido concretarme a transcribir dos oportunas e interesantes narraciones que nos dan una idea exacta y cabal acerca de la expedición de Jiménez de Quezada y compañeros a través de las enmarañadas y mortíferas selvas cruzadas por los caudolosos ríos Magdalena y Carare, hasta ascender a la cordillera donde fundaron la ciudad de Vélez. La primera de estas narraciones, está descrita por el cosmógrafo Capitán Bernardo Vargas Machuca en su opúsculo "Refutación de Las Casas" y la segunda hecha por el cronista e historiador dominico Fray Alonso de Zamora en su "Historia de la Provincia Dominicana de San Antonio del Nuevo Reino de Granada".

He aquí cómo se expresa al respecto el citado Vargas Machuca:

"Veamos quién descubrió este Nuevo Reino de Granada, y qué guerra se hizo en él y las crueldades que cometió él y los demás Conquistadores, que fueron sucediendo desde el año de 1539 que se pobló, el cual fue don Gonzalo Jiménez de Quezada, habiendo subido por el río grande La Magdalena,

con gran fatiga y trabajo, así por ser un viaje tan largo y prolijo, que sin salir de él fueron doscientas y más leguas de camino y de mala tierra, enferma y muy caliente, y con muy gran plaga de mosquitos y falta de comidas, por ser todo arcabucos y boscajes, como por ir sin ninguna guía, a donde se conocerá que la guía fue la Divina Providencia, que con topar tantos y tan grandes ríos que se apartaban a un lado y otro, siempre acertó a tomar el conveniente para dar en el Reino, y esta porfía de navegación fue hasta topar con rastro de buena tierra, que llegó con el favor Divino a donde se aparta un río que llaman Carare, que nace en las provincias de los musos, y subiendo por él a seis u ocho jornadas, saltó en tierra tomando la banda siniestra; aunque en el acertamiento fue diestro porque si tomara la diestra, fuera la siniestra, con que de ninguna manera se dejara de perder por haber de dar en unas provincias de indios que llaman musos, que poco ha nombramos, tan bravos y Caribes, con tanta y tan pestífera yerba, que sin género de duda no escapara ninguno. Saltado que hubo en tierra, halló unas pequeñas sendas, las cuales fue siguiendo; y aunque entre tan grandes arboledas y tan espesas, al cabo de cuatro días vino a salir a tierra rasa y limpia que llaman sabanas, y creciendo allí el camino, les vino a meter al cabo de otros cuatro días en unas grandes poblaciones de indios que ya tenían noticia venían, y con la admiración de ver gente tan extraña y de tan diferentes aspectos que de los suyos se juntaron los principales y se resolvieron unánimes y conformes de recibirlos bien y hacerles todo buen acogimiento, como así lo hicieron..... Traíanles al principio muchachos de a ocho y a diez años para que comiesen; y como vieron que no comían carne humana, les trajeron venados, y como comiesen de ellos, fueron continuándolo juntamente con las frutas y raíces que la tierra tenía sin menguar más un día que otro; y como el General allí tomase lengua de tanta gente a diez, a quince y a veinte leguas como el Reino tiene, y viese ya sus soldados reformados, pobló allí una ciudad con gusto y consentimiento de los caciques, a la cual llamó Vélez, habiendo descubierto y poblado primero la ciudad de Santa

Fé, en la provincia de Bogotá, que era la más nombrada en todas aquellas provincias y Reino. Aquí en esta ciudad de Vélez, no hubo crueldades, ni los indios jamás dieron ocasión para ellas ni para castigos, porque la paz y fe dada la sustentaron y guardaron para siempre. De esta ciudad como a dos leguas y menos está un río, y en él está una peña que hace frente, tajada, llana y lisa, y en ella esculpida y labrada una cruz, y yo la he visto; y queriendo el dicho General saber este secreto de ella, maravillándose mucho de hallarla, le fue hecha relación por indios muy viejos, que de ello más que otros tenían noticia de sus padres y antepasados, que de mano en mano debía venir de más de mil quinientos años, conforme a la cuenta que daban por lunas, como si dijésemos meses, porque otra no la tienen ni usan, de que pasó por aquella tierra un hombre con una barba larga, y su vestido y traje era conforme ellos lo usaban, que al parecer de muchos, así en el cabello, vestido y zapatos, si algunos los traen, es como nos pintan el de los Apóstoles, y si difiere algo es muy poco, y que traía en la mano una insignia semejante a la que allí estaba en aquella peña, la cual señaló él mismo con la uña mayor de su mano derecha, y que pretendió darles nueva doctrina y diferente de la que ellos tenían; y como no la recibieron se fue habiéndoles dicho que vendría tiempo en que se vería toda aquella tierra poseída de una gente extranjera, por quien sugieren la doctrina y religión que él les predicaba, y que ellos tenían por cierto que era ya cumplido el tiempo con la entrada de los cristianos y también de que debía ser toda una doctrina y ley. Y aunque es verdad que no tenemos escritura divina ni humana que nos diga que pasaron apóstoles a las Indias Occidentales, piadosamente se puede creer pasaron Apóstoles a predicar el Santo Evangelio o algunos de sus discípulos, y este indicio y señal es evidente, además de otros que se han hallado, aunque no hacen la fe de ésta, porque Montezuma y Atabalipa y otros señores muy viejos dijeron tenían aviso por sus ídolos, que cristianos habían de poblar aquellas sus tierras”.

A pesar del espíritu cristiano con que están escritas estas líneas y del cual está saturada toda la o-

bra, Vargas Machuca no pudo redimirse de su exagerado españolismo y de su apasionado sectarismo contra de la causa de los indigenas.

Es preciso observar, siquiera sea de paso, que tanto Fray Bartolomé de las Casas en su obra: "La destrucción de las Indias", cuyo solo título es de suyo agresivo, y que tanto prestigio le restó y odios le despertó entre muchos de sus compatriotas; como Vargas Machuca en su "Refutación a Las Casas", abandonaron en más de una vez la noble tarea de defensores para convertirse en odiosos acusadores, trayendo a cuento hechos macabros del más espantoso barbarismo, quizás sugestionados por narraciones malévolas de supuestos testigos presenciales, mal intencionados, tanto de parte de los nativos como de parte de los Conquistadores, para justificar sus respectivas causas. Porque es de todo punto de vista imposible pretender, a no ser que tuvieran el don de la ubicuidad o el poder de la bilocación, que pudieran presenciar crímenes horrendos cometidos simultánea y sucesivamente en regiones tan apartadas, como por ejemplo el Reino de Yucatán y el Nuevo Reino de Granada o el Reino de Guatemala y la Provincia del Río de la Plata.

Fue tal la intransigencia y el rigor con que defendió Las Casas la causa de los indigenas en su obra "La destrucción de Las Indias", que el comentarista de sus obras, Fabié, afirma que este opúsculo ha sido la piedra de escándalo lanzada contra España por todos los émulos de nuestra grandeza, y por cuantos eran nuestros enemigos, en un tiempo en que teníamos tantos suscitados por el temor de nuestro inmenso poder en el Antiguo y en el Nuevo Mundo.

Por este motivo el Capitán Vargas Machuca, saltó a la palestra en defensa de sus conterráneos, en su tratado "Refutación a Las Casas", contradiciendo seriamente al Obispo de Chiapa, pero cayendo desgraciadamente en las mismas exageraciones de su contendor, en relación con los nativos.

Si fuéramos a juzgar hoy a estos dos bien intencionados historiadores españoles, pero demasiado humanos escritores, tendríamos forzosamente que condenarlos, obrando con un criterio de benevolencia, por lo menos por exceso en la defensa.

De lo contrario, si aceptamos sus despiadadas descripciones en su lenguaje del más crudo y rudo salvajismo, tendríamos que convenir que nuestros antepasados fueron una tropa de aventureros codiciosos y egoístas, que de cristianos no tenían sino el nombre, pues muchas veces tenían más nobles e hidalgos sentimientos los conquistados que los conquistadores y como consecuencia lógica que pertenecemos a una raza jactanciosa y presumida, descendientes de india brava y español bandido.

En todo caso, hay que concluir que el león ibero no era tan fiero como lo pinta el Padre Las Casas, ni tan manso como nos lo presenta Vargas Machuca y por otra parte que nuestros aborígenes no eran unos mansos corderos que se dejaban conducir tranquilamente al matadero, para ser sacrificados en aras de la civilización y del progreso.

Ahora veamos cómo el dominico criollo santafereño Fray Alonso de Zamora, nos describe esta misma expedición, en su obra ya citada:

“El general (se refiere al adelantado Gonzalo Jiménez de Quezada) dió orden al Capitán Juan de San Martín, que con veinte hombres entraran en dos canoas, traginaran el río de una y otra banda a ver si descubrían alguna señal, que los consolara y suspendiera la resolución de los soldados. Obedecieron el orden y navegaron algunos días hasta que descubrieron el río, que llaman de Carare, que entra en este de La Magdalena por las barrancas coloradas. Entraron por su boca navegando río arriba; y a poca distancia descubrieron una barqueta, en que venían dos indios río abajo. Así que vieron las canoas y la gente nueva que venía en ellas, se arrojaron al agua y tras ellos Bartolomé Camacho, que nadando cogió la barqueta y se vino con ella a sus canoas. Este fue el lleno de sus esperanzas, con el que dió de gozo a sus corazones, porque hallaron en ella tres o cuatro panes de sal, diferente de la marina y algunas mantas finas de algodón, unas blancas y otras pintadas de varios colores. Llevaron al remolque la barqueta, y con brevedad descubrieron una rancharía de pocas casas, sobre los barrancos de aquel río. Entraron en ellos, no hallaron gente sino cantidades de panes de sal, de a tres y a cuatro arrobas cada

uno. Reconocieron que eran casas de contratación, a que los indios de la cordillera (que ya se descubría) venían a comerciar, por los géneros del río; trato muy usado entre las Naciones de este Reino. Parecieron señas suficientes, para volver a darlas a su General, que receloso de algún trabajo, los contaba ya con los muertos. Dejando señales de su navegación, dieron vuelta al pueblo de la Tora, y refirieron lo que había sucedido.

El General se determinó a ir a reconocer los sitios y tierras, llevando en su compañía hasta sesenta hombres y dejando los demás a cargo de sus capitanes, siguió la derrota, hasta llegar a un pueblo, que llamaron de las Barbacoas. En que por haberle asaltado una grave enfermedad, mandó pasar adelante a los capitanes Juan de Céspedes, Antonio de Lebrija y al Alférez Antón de Olalla. Penetraron las asperezas de aquellas sierras y hallaron un pueblo y en él un indio que no pudo huír de los demás: de él supieron algo de las tierras, que dejaban. Algunos quedaron en aquel pueblo y otros que tenían más aliento con el Capitán Céspedes y Antón de Olalla, subieron a lo más alto de la serranía y dieron vista a las tierras de Vélez.

Quedóse Olalla en un valle, que llamaron del Alférez, porque lo era de toda la infantería. Otros volvieron a dar las noticias a su General. Tuvo tanto alborozo de los de aquel descubrimiento, que determinó volver al pueblo de la Tora, por toda la gente, que restaba, dejando la que pareció conveniente en guarda de lo descubierto”.

De las descripciones transcritas de Vargas Machuca y de Zamora, se colige el sinnúmero de dificultades, tropiezos y calamidades que sufrieron los Conquistadores, como unos verdaderos héroes, en su viaje de Santa Marta por los ríos Magdalena y Carare y después por entre la selva vírgen hasta trasmontar la cordillera para llegar a Vélez en dirección a la altiplanicie en busca del codiciado Dorado y en su sed insaciable de conquistar almas y tierras, por su Dios y por su Rey.

Los que hace poco surcábamos las aguas del majestuoso Magdalena y del caudaloso Cauca, durante varios días, en las primitivas canoas, no en via-

je de conquista, ni siquiera de apostolado como los santos Luis Beltrán, Pedro Claver y el apostólico varón Fray Domingo de Las Casas; sino por razón del oficio, sufriendo los ardores de nuestro sol tropical y las inclemencias de la lluvia torrencial y penetrábamos sudorosos y jadeantes por el calor infernal, a la selva abrupta por entre caños podridos con el agua a la rodilla y envueltos en una nube de mosquitos podemos dar testimonio fehaciente de las penalidades y tragedias de esta clase de viajes.

La ciudad de Vélez, capital de la Provincia de su nombre, dicen algunos historiadores que fue fundada por el Capitán Martín Galeano dos años después de haber sido descubierto el territorio donde está ubicada, por los Conquistadores, y nó directamente por éstos, como lo afirma Vargas Machuca.

Dicha ciudad está situada sobre un plano inclinado al pie de la peña de Vélez, a 2.120 metros de altura sobre el nivel del mar y con una temperatura de 20 grados.

Su aspecto es de una ciudad antigua y sus construcciones son en su mayoría coloniales. La iglesia de estilo colonial, grande y espaciosa, conserva algunas reliquias artísticas de valor histórico y está situada en un ángulo inferior de la plaza, completamente aislada del resto de las edificaciones y sin ninguna simetría. Vista de la parte alta de la población, parece que la hubieran echado a rodar por la pendiente plaza y hubiera ido a parar caprichosamente en uno de sus extremos.

El señor Groot, dice que fue en Vélez donde se celebró la primera Misa, en la expedición conquistadora hacia el interior de la Nueva Granada, de lo cual deben gloriarse los veleños. Esta misa indudablemente fue celebrada por el dominico sevillano Fray Domingo de Las Casas, capellán, propulsor y sostenedor de esta magna y redentora expedición y quien era primo hermano del célebre dominico Obispo de Chiapa, Fray Bartolomé de Las Casas.

Zamora dice que en el año de 1549 tenía convento de Dominicos, el cual fué suprimido por el Capítulo Provincial de 1571, por haber venido a menos esta ciudad. También tuvo convento de Franciscanos.

Allí se fabrica el suave y apetitoso bocadillo veleño, que goza de tan justa fama y popularidad.

A pocos momentos de salir de Vélez, se encuentra la nueva población de Barbosa, que debiera cambiar su nombre de acuerdo con una ley de la República que exige este cambio para ciertas poblaciones de reciente creación, que llevan el mismo nombre de antiguas poblaciones, como sucede en este caso, con nuestra Barbosa antioqueña.

La Barbosa santandereana, que se ha convertido hoy en un centro de turismo y en lugar de veraneo, por lo agradable de su clima, la bondad de sus aguas y sobre todo por ser el punto de convergencia del Ferrocarril Central del Norte que lleva a Bogotá pasando por Chiquinquirá y las carreteras a Bucaramanga, Socorro y San Gil y la Carretera Central que sigue a Tunja, donde se bifurca para unirse en fraternal abrazo con las vecinas Repúblicas de Venezuela y el Ecuador.

Muy cerca de la Barbosa santandereana, está el río de que nos habla Vargas Machuca, que es nada menos que el río Suárez, llamado por los indígenas Saravita y que sirve de límite natural entre los departamentos de Santander del Sur y Boyacá.

El cambio de nombre de este río de Saravita por el de Suárez, se debió a que en él estuvo a punto de ahogarse el caballo que montaba el Capitán Dn. Gonzalo Suárez Rondón, con inminente riesgo de la vida del Conquistador, pues pretendió pasarlo a nado, en una corriente peligrosa. Los castellanos salvaron el famoso corcel y en recuerdo de esta hazaña, le dieron al río el nombre de Suárez, con el cual se conoce generalmente hoy.

Don Juan de Castellanos cuenta este episodio, en su historia del Nuevo Reino de Granada, en los siguientes versos:

“Destá manera fueron caminando
Hasta llegar al río que se dice
En lengua de los indios Saravita
Y en idioma nuestro de aquí sale;
Y desde entónces, río de Suárez,
A causa de un rocín que llevaba
Al Capitán Suárez la corriente,
Que mediante su buena diligencia

Y ayuda de soldados a su rancho
Del peligroso lance salió vivo”.

Este hermoso y pintoresco río, corre torrencioso y profundo por entre rocas y se encuentra encajonado por enormes peñas, donde posiblemente puede estar grabada todavía la cruz que dice haber visto allí Vargas Machuca y que los indígenas atribuían a un hombre extraordinario, que en tiempos prehistóricos pasó por allí, sembrando la doctrina del Crucificado. Yo no ví esa cruz, porque en ese entonces no conocía la obra de Vargas Machuca; si en otra ocasión vuelvo a pasar por allí, tendré el buen cuidado de buscarla, a ver si en realidad existe.

¿Será esta cruz, obra del Apóstol San Bartolomé, que en historietas, que más tienen de fábula y leyenda, se dice evangelizó la América?

Así lo conjeturan también Zamora, Castellanos, Simón y otros historiadores, aun cuando no están de acuerdo si fue San Bartolomé o Santo Tomás o San Simón u otro de los Apóstoles y discípulos, pero lo cierto del caso es que los Conquistadores encontraron señales de civilización cristiana, hechas mucho antes del descubrimiento.

Pasando el río Suárez o Saravita, se entra en territorio boyacense y a poco de andar se encuentra la primera población de Boyacá, llamada Moniquirá, capital de la provincia de Ricaurte, que lleva este nombre en recuerdo del héroe de San Mateo e hijo ilustre de la Villa de Leiva, Dn. Antonio Ricaurte.

Por Moniquirá pasaron también los Conquistadores en busca del famoso Dorado y luego siguieron por las poblaciones vecinas hasta llegar a Bacatá donde asaltaron el palacio del Zipa.

Según el erudito historiador y dilectísimo amigo Dn. Ramón C. Correa en sus “Monografías de Boyacá”, el nombre Moniquirá es de origen indígena, formado por la partícula “Quirá” que en lenguaje Chibcha significa “ciudad” y la voz “Ra” que si es palabra egipcia traduce “sol” y si es indígena es el nombre del “demonio”. De manera que según esto Moniquirá lo mismo puede significar ciudad del sol, que ciudad del demonio.

Moniquirá está situada a 1.760 metros sobre el

nivel del mar, con una temperatura media de 21 grados.

Los primeros Curas doctrineros de Moniquirá, fueron los padres Dominicos y a eso se debe indudablemente que este pueblo esté bajo la égida protectora de Nuestra Señora del Rosario.

Durante la dominación indígena, Moniquirá estaba bajo la jurisdicción del cacique de Suba. Más tarde fue capital del cantón de Moniquirá, perteneciente a la Provincia de Vélez. En 1837 cuando se creó el Estado Soberano de Boyacá, formó parte de los cantones de Chiquinquirá y Moniquirá y en 1886 cuando se cambió el nombre de Estados Soberanos por el de Departamentos, quedó esta población incorporada definitivamente al Departamento de Boyacá, como capital de la Provincia de Ricaurte.

Se dice que en Moniquirá se encontraron en una cueva, cerca de una mina de cobre, muchas momias indígenas, con riquísimos avalorios y grandes tesoros.

En Moniquirá se encuentran varias columnas de piedra labrada, de las que el cacique Garanchacha hizo construir para adornar el Templo del Sol en Tunja, pero que no alcanzaron a llegar al lugar de su destino.

Moniquirá es la patria del Prócer de la Independencia Antonio Ríos y del Ilustrísimo señor Dr. Carlos Bermúdez, que fue Obispo de Popayán.

Las tierras de Moniquirá son muy feraces, producen caña de azúcar, café y algodón y hay en su suelo ricas minas de cobre, esmeraldas y plata.

De Moniquirá continúa la carretera por una atrevida pendiente hacia Arcabuco, nombre que en el lenguaje chibcha y en el castellano, significa: "Lugar de matorrales intrincados".

Declaro que nunca había visto un nombre de población tan bien puesto y que más cuadre a su topografía, porque en aquellas tierras tan frías, a una altura de 2.739 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura media de 13 grados, no se ven sino rastros de frailejón, de helecho y de romero.

Los habitantes, en su mayoría indígenas, se dedican al pastoreo de grandes rebaños de ovejas, al cuidado de sus burros que les sirven de bestia de car-

ga y de silla y a la siembra de papas, trigo y hortalizas.

De Arcabuco arranca la carretera del Centenario, en dirección a Chiquinquirá, pasando por la histórica Villa de Leiva.

De Arcabuco sigue la carretera hacia Tunja, pasando por una serie de páramos donde el frío penetra hasta los huesos y el viento quema la piel y corta como navaja la cara.

Aquellas tierras mustias y desoladas, convidan a la tristeza y a la melancolía y es tal el frío que allí se siente, que las mismas indias nativas llevan siempre cubierta su cabeza con sombreros de jipa por encima de sus gruesos y largos pañolones, que les cubren todo el cuerpo y no les dejan ver sino los ojos.

Opino que a este frío tan intenso obedezca que los indios de estos páramos sean tan apocados, abúlicos y pusilánimes, ya que en su fisonomía se adivina cierta nostalgia e indiferencia por la vida; no pasando lo mismo con los de tierra caliente, como los de Monquirá, que son de la misma raza y toman la misma chicha, pero son ágiles, activos y emprendedores.

Hemos llegado ya al término de mi viaje, la ciudad de Tunja, capital del Departamento de Boyacá, la antigua Funza, la ciudad de Suárez Rondón, situada a 2.820 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura media de 13 grados.

Su situación topográfica, su vista panorámica, ha sido descrita por la docta pluma del egregio varón Monseñor Carrasquilla, en las siguientes frases tan galanas como elocuentes:

“Para quien conozca a Tunja, nada tan fácil como representarse la ciudad de los albores del siglo. Asentada en una quiebra de los Andes, a cerca de 3.000 metros sobre el mar, la rodean yertos y extensos páramos de donde corre suave y cortadora brisa. Los predios aledaños, desnudos de vegetación y formados de arena rojiza de consistencia desigual, se han ido dejando lamer a trechos por las lluvias de las cordilleras; y las partes más duras del suelo han venido a formar apariencias de ruinas, pirámides inmensas que de milagro se tienen sobre su frá-

gil asiento, almenadas torres, leones y elefantes mutilados. En medio la ciudad, con sus calles empedradas toscamente y orladas de caserones de piedra con fachadas altísimas que coronan los escudos heráldicos de las familias viejas del país”.

La primitiva población chibcha de Hunza, debe su nombre al Zaque Hunzahúa, que gobernó esos territorios, después de la fundación hecha por el Cacique Fonzaque, comisionado por su pariente Garanchacha, Cacique de Ramiriquí, para buscar el sitio donde debía levantarse el cercado de los Muiscas, en su ambición y afán de ensanchar sus dominios.

Fonzaque salió de Ramiriquí y al subir a la cima de la cordillera llamada Gachaneque, vió a lo lejos un elevado cerro y dijo: “Allí será Tunja”. Garanchacha cuando conoció el paraje destinado por Fonzaque, se disgustó con éste por haber cometido el disparate de elegir para sede de los Hunzas, un suelo tan árido y desprovisto de belleza.

La actual ciudad de Tunja, que acaba de celebrar con gran pompa y solemnidad su IV Centenario, fue fundada por el Capitán andaluz Gonzalo Suárez Rondón, en el mismo sitio de Hunza, el miércoles 6 de agosto de 1539, fiesta de la Transfiguración de Cristo Nuestro Señor.

Como un homenaje a la memoria del fundador de Tunja, es preciso afirmar que el Adelantado Gonzalo Suárez Rondón o Rendón, fue uno de los pocos conquistadores cuyo nombre jamás fue manchado con sangre inocente y su memoria debe guardarse como la del tipo del caballero, digno de los más honrosos recuerdos.

Dos años después de su fundación, el 30 de marzo de 1541, Carlos V concedió a Tunja el título de “Ciudad muy noble y muy leal”, con derecho a usar las armas de Castilla y de León, por escudo y blasón, por petición presentada por Sebastián Rodríguez en nombre del Concejo y vecinos de la ciudad.

En la imposibilidad de hacer un recuento completo y detallado de los principales sitios históricos de Tunja, haré una breve síntesis de ellos.

La hermosa catedral que lleva hoy el nombre de Santiago, fué en sus principios una humilde ca-

pilla pajiza, que hizo levantar Suárez Rondón bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, siendo su primer Cura el agustino Fray Vicente de Requezada.

En 1564, el Cura beneficiado Dn. Juan de Castellanos en su carácter de Vicario, principió a edificar la actual catedral, que fue concluída en el año de 1600.

Son dignos de admirarse en este templo la preciosa y riquísima ornamentación antigua de las capillas y altares, con brillante y finísimo oro, adornadas con profusión de cuadros y estatuas coloniales de gran valor artístico; todo lo cual hace un buen contraste con la ornamentación moderna que le introdujo el Excelentísimo señor Maldonado, queridísimo Obispo de Tunja, con frescos bellísimos en la elegante cúpula y en las naves, ejecutados por el admirable pincel del inmortal artista colombiano Acevedo Bernal.

En una de estas capillas del templo, está enterrado el fundador Suárez Rondón y en otra reposan los despojos mortales de Dn. Juan de Castellanos, el inspirado cantor del Nuevo Reino de Granada.

En esa catedral también descansan en paz, los tres eminentes prelados que han muerto hasta el presente al frente de la Diócesis de Tunja, los Ilmos. señores Dn. Severo García, Dn. Benigno Perilla y Martínez y Dn. Eduardo Maldonado y Calvo.

Lo que más se admira en esta iglesia es su artística portada, construída en 1.600 por el hábil maestro cantero Bartolomé Carrión.

Muy cerca de la catedral, está la casa cural de estilo colonial, donde Dn. Juan de Castellanos escribió sus inmortales obras y elegías, y a continuación de ésta, la casa donde vivió y murió el fundador de Tunja.

El convento de Santo Domingo, fue fundado por los Padres Dominicos en 1560 y en su iglesia se encuentra la hermosísima capilla de Nuestra Señora del Rosario, juzgada como una de las joyas más artísticas del país, pues todos sus muros están adornados con los misterios del Rosario en bajo relieve, tallados en madera y recubiertos con finísimos colores. Tanto el coro propio de la capilla como el arte-

sonado están bruñidos íntegramente con bellissimo y resplandeciente oro, que la hacen aparecer como una ascua brillantísima. El camarín de la Virgen, está adornado con profusión de incrustaciones de conchas marinas, porcelana y cristales de diferentes formas y de valiosa antigüedad, que presentan un conjunto original y curioso. Esta preciosa joya colonial, muy bien conservada, fue construída por el capitán García Arias Maldonado.

En este templo se encuentra también la célebre estatua del Judío, que tántas y tan curiosas leyendas ha forjado la mente de varios escritores y vates humorísticos.

En el interior del convento, ha fundado el distinguido historiador y polemista dominico Fray Mora Díaz, un célebre museo de antigüedades, que constituye la admiración y el solaz de los turistas.

En la iglesia de San Francisco, hay un bellissimo altar de estilo barroco, traído de Quito, con caprichosas figuras talladas en madera. También hay en este templo una hermosa estatua quiteña de San Francisco, de gran valor artístico, que tiene en las llagas riquísimos rubíes y diamantes.

En el convento de Santa Clara, se conserva intacta la estrecha y penitente celda, donde la célebre monja tunjana Sor Francisca Josefa del Castillo, escribió sus inmortales obras, que le merecieron que el ilustre Menéndez y Pelayo, la considerara como la émula de la Doctora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús.

La iglesia de San Ignacio, se encuentra saturada todavía del recuerdo imperecedero del insigne Apóstol de los Negros, San Pedro Claver, que vivió varios años en el Colegio aledaño, en compañía de sus hermanos Jesuítas.

La capilla de San Lázaro, fue construída en 1587, en la cima del cerro de su nombre, en conmemoración de la visita que hizo a Nuestra Señora de Chiquinquirá, para conjurar una terrible epidemia que azotaba la ciudad. Allí se venera un cuadro muy milagroso de San Lázaro, y los peregrinos llevan greda de un pozo situado detrás del altar, al cual le atribuyen un gran poder curativo.

En la capilla de San Laureano, están enterrados varios Próceres de la Independencia y en élla

se venera un milagroso cuadro de San Bartolomé, que tiene la particularidad de estar pintado en la carne viva, pues este Santo Apóstol y mártir, fue desollado vivo, donde se admira la habilidad y destreza del artista y sus conocimientos anatómicos, para pintar con tanta perfección los músculos del cuerpo con sus nervios y venas.

Otras iglesias y capillas posee Tunja, de notoria antigüedad y de indiscutible valor histórico, que son preciosos relicarios del más puro y refinado arte cristiano y colonial, tales como: Las Nieves, San Agustín, Santa Bárbara, donde se conserva un bello ornamento dorado, regalo de la Casa Real de España, en el siglo XVII, y la de Nuestra Señora del Topo, donde se encuentran magníficas pinturas al óleo, hechas por Figueroa y hermosos trabajos en plata dorada y repujada.

Fuera de las iglesias y conventos, que hablan muy alto del espíritu profundamente religioso de los tunjanos, es preciso visitar en Tunja, los siguientes sitios históricos:

El Pozo de Donato, situado al norte de la ciudad, cuya curiosa leyenda histórica se remonta a la época de los Chibchas y donde se dice arrojaron los aborígenes sus preciosos y fabulosos tesoros a la llegada de los Conquistadores y el cual intentó desaguar un español de apellido Donato, gastando ingentes sumas de dinero, en su loco afán de hacerse a aquellos tesoros, no consiguiendo sino dejar su nombre al pozo, como recuerdo de su quimérica empresa.

Los ya famosos cojines de Tunja, en las afueras de la ciudad hacia el occidente, tallados en forma de verdaderos cojines, en la roca viva, situada en la falda de la colina de San Lázaro y que servían de altar a los Zaques para adorar el sol naciente y para inmolarse víctimas inocentes al son de monótonos cánticos y danzas macabras.

El Mono de la Pila, fue construido por el maestro cantero Diego de Morales y representa este monumento colonial al dios del silencio, al cual un bardo tunjano saludó con estas coplas:

“Oh respetable mono; eres tú
de los tiempos un testigo.

Mudo, impasible y siempre
 respetado;
 De los buenos tunjanos muy amado,
 Y de toda aguadora fiel amigo”.

La Penitenciraía, que hasta hace poco, figuraba como la más cómoda y segura del país, está situada en la Plaza de las Nieves, frente al parque de Próspero Pinzón, en un espacioso local que fue antaño primero convento de Padres Dominicos, luego de Padres Agustinos y por fin Hospital de los Hermanos de San Juan de Dios.

El Palacio de la Asamblea, construido a fines del siglo XVI, con frontis de estilo mudéjar e interior de arquería romana. Allí, además del salón de la Asamblea, está el Museo de antigüedades, el Archivo Departamental, que es uno de los más antiguos, valiosos y mejor organizados de la República, gracias al hábil bibliotecario y archivero don Ramón C. Correa que le ha puesto a esta importante oficina, todo su entusiasmo y consagración.

Allí funciona también el Centro de Historia de Tunja, al cual tengo el alto honor de pertenecer, como socio correspondiente.

El Parque de los Mártires, donde fueron inmolidos en aras de la libertad por orden del Pacificador Morillo, los patriotas José Cayetano Vásquez, Juan Nepomuceno Niño, José Ramón Linares, José Manuel Otero, Ignacio Plaza y Antonio Palacio.

Todavía se ve en este hermoso y pintoresco Parque, a la derecha del puente de San Laureano, una pared derruida, que han respetado los años y las inclemencias del tiempo, donde están los agujeros que sirvieron para fijar los banquillos y los que dejaron las balas que despedazaron los cuerpos de las víctimas.

Pero a qué continuar describiendo lugares históricos, si toda Tunja es un libro abierto de historia patria, un grandioso museo, un verdadero arsenal de hechos históricos, hasta el punto de poder afirmar con toda la sinceridad de mis palabras, que el que quiera vivir la historia de Colombia, debe visitar a Tunja, porque allí toda plaza o calle, toda iglesia o convento, toda casa o edificio, todo barrio,

campo o vereda, lleva envuelta una leyenda o un episodio de profunda significación y valor histórico.

Pero Tunja no es solamente una ciudad de añoranzas y recuerdos históricos del tiempo de la colonia y de la conquista, sino que es también la sede de nuestra libertad, porque allí, en sus inmediaciones, en el campo de Boyacá, se llevó a cabo el 7 de agosto de 1819, la gran batalla emancipadora. En el mismo sitio donde tuvo lugar la gran batalla, en la margen derecha del río Boyacá, que sirve de límite entre los municipios de Tunja y Ventaquemada, a 16 kilómetros de la primera ciudad, tuve el placer de contemplar emocionado el soberbio monumento dedicado a honrar la memoria de los héroes de aquella célebre jornada, que selló la Independencia de Colombia.

Qué bien, se ve grabado allí, el famoso pensamiento del doctor Choquehuanca:

“Bolívar:
 Con los siglos crecerá vuestra gloria
 Como crecen las sombras
 Cuando el sol declina”.

Del patriotismo y del valioso contingente que prestaron los tunjanos a la guerra magna, nos habla muy claro el Libertador, en la nota que dirigió al Vice-Presidente de la República de Colombia, fechada en el Puente Nacional, a 26 de septiembre de 1819:

“Tunja. Esta ciudad es heroica, en ella la reacción del espíritu, ha sido proporcionada a la opresión terrible de tres años. El clero secular y regular, los monasterios de religiosas, los funcionarios, los viejos, los niños, los pobres, las mujeres, hasta los moribundos se han acercado a mí enajenados y me han abierto su corazón. Yo no he hallado en todo esto el lenguaje de la lisonja, sino la expresión del candor y del sentimiento de los bienes que trae consigo la libertad. En este pueblo, entusiasta de sus derechos sin afectación, he visto el foco del patriotismo, y creo que será el taller de la libertad de estas provincias”.

Pero me preguntaréis, no ha dado Tunja, hijos ilustres a la Patria?

Y de una vez os contesto, no uno sino muchos que son honra y prez del suelo colombiano: Allí nacieron los Próceres José Joaquín Camacho, José Cayetano Vásquez, Joaquín Umaña, José Ramón Calderón y Juan Nepomuceno Niño; allí se meció la cuna de tres preclaros Obispos dominicos Fray Agustín Manuel Camacho, Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, Fray Bernabé Rojas, Obispo de Santa Marta y Fray Eduardo Vásquez, Obispo de Panamá; allí vieron la primera luz del día los inspirados poetas José Joaquín Ortiz, José Joaquín Borda, Enrique Alvarez Bonilla, José Joaquín Casas y Alfredo Gómez Jaime, estos dos últimos justamente coronados en las fiestas centenarias.

A qué seguir ennumerándolos, si son una pléyade infinita, una verdadera constelación de astros de primera magnitud, que brillan refulgentes en el esplendoroso firmamento colombiano.

Por fin, al despedirme de mi excursión a Tunja, animado de la más viva gratitud y de los más gratos recuerdos, quiero hacerlo con el canto con que la saludaron en alguna ocasión los insignes portalaras, Soto Borda y Alvarez Henao:

“Tunja, querida ciudad
Noble y grande cual ninguna,
Aurora brillante y cuna
De la santa libertad!
Aquí el sol de la amistad
Vierte rayos hechiceros,
Y a los errantes viajeros
Recibe gallardamente,
Patria altiva y floreciente
De hermosas y caballeros”.

Señores Académicos:

He terminado mi ya larga y fatigosa disertación, de la cual me consideraré suficientemente galardonado, si logro avivar en vosotros, mentalidades superiores, maestros en el arte del buen decir y sacerdotes que oficiáis dignamente en los altares de Clío, el deseo generoso de prestar vuestro valioso contingente, para la divulgación de esta clase de estudios históricos.